



Con la colaboración de la
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE193632

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL



Misma dignidad

Hermanas, sororidad, hermanamiento. Indican unión, comunión, reciprocidad entre mujeres. El último término es un concepto relativamente reciente, hay quienes lo asocian, con acento crítico, a prácticas feministas que no comparten. Esperamos que estimule la reflexión y contenga alguna chispa de profecía en el intento de “Mujeres Iglesia Mundo” de leer los temas que afectan la Iglesia y al mundo con los ojos y la perspectiva de las mujeres. Lo que muchas veces falta en el pensar la Iglesia y en el pensar de la Iglesia. La reciprocidad encerrada en el término hermanamiento recuerda cuestiones centrales de la eclesiología posconciliar. La *Lumen gentium* reaviva la imagen de la Iglesia como Pueblo de Dios, en la que todos los cristianos comparten la misma dignidad en cuanto bautizados. Cada uno participa de la vida y misión de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. No hay categorías de cristianos, sino ministerios diferentes con la misma dignidad. En consecuencia, la Iglesia está llamada a vivir la sinodalidad, entendida como un caminar de todos juntos. La Iglesia sinodal es participativa y corresponsable (Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia*, 67). La autoridad de los obispos debe favorecer y ratificar esta participación.

Reciprocidad, gratuidad, colaboración, que son fundamentos del concepto de sororidad, son también ingredientes fundamentales de la sinodalidad. Y, por tanto, la particular sensibilidad relacional de las mujeres podría favorecer la sinodalidad como dimensión constitutiva de la Iglesia. Las mujeres han demostrado la capacidad de promover la participación de todos en procesos que afectan a todos. Si su presencia en los lugares donde se toman las decisiones puede beneficiar a un impulso misionero que involucra a todo el Pueblo de Dios, la pregunta es si estamos abiertos a este tipo de conversión misionera de las estructuras eclesiales (*Evangelii gaudium*, 27 - 31). Desde un punto de vista psicológico, las relaciones de reciprocidad y colaboración hacen que las personas sean capaces de ejercer correctamente la autoridad. Cuando uno no sabe cómo ser hermano o hermana ni establecer relaciones de colaboración recíproca, difícilmente puede ser autoridad sin abusos. El estímulo de la sororidad puede ayudar a purificar los abusos de poder que ocurren en la Iglesia hoy. Pero, ¿estamos dispuestos a acoger este estímulo? Es útil reflexionar sobre esta cuestión y las que siguen, incluso en su carga provocadora. No se es hermanas solo entre mujeres, se es hermanas también de hombres.

La nueva encíclica del Papa Francisco se titula *Fratelli tutti*. Marta Rodríguez

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRAZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIello
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ROCÍO LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

“Sororidad es ir más allá de todos los límites”

Seis mujeres ahondan sobre un concepto que experimentan personalmente de diferentes maneras y plantean la cuestión del lenguaje, que “no es neutral”.

DE FEDERICA RE DAVID

Lenguaje, fronteras, poder, desobediencia, son palabras recurrentes en las reflexiones sobre la sororidad de un grupo de mujeres que la viven de diferentes formas. **Cristina Simonelli**, presidenta de la Coordinación de teólogas italianas, profesora de Historia de la Iglesia y Teología Patrística en la Facultad de Teología de Italia septentrional, 36 años de vida en contextos gitanos. **Antonietta Potente**, teóloga, monja dominica de la Unión de Santo Tomás de Aquino, 20 años en Bolivia, profesora universitaria allí y después en Verona, donde ingresó en la comunidad filosófica femenina Diotima. **Paola Lazzarini**, socióloga de la religión, presidenta de la asociación Mujeres por la Iglesia. **Patrizia Morgante**, responsable de comunicación de la UISG. **Anna Maria Vissani**, monja de las Adoratrices de la Sangre de Cristo, teóloga moral, miembro del comité jurídico para la nulidad matrimonial de la diócesis de Jesi, ex presidenta de Uism en las Marcas. **Cristiana Gualtieri**, profesora de religión en Porto Sant'Elpidio.

Es Cristina Simonelli quien de inmediato plantea la cuestión del lenguaje, “que se nos resiste, no es neutral. Aunque me molesta la declinación masculina, en algunos casos yo misma, tengo que escribir fraternal en lugar de ‘hermanal’. Para hablar de nosotras, no me gusta ceñirme a una categoría: uso indiferentemente feminismo, perspectiva de género, diferencia”. Para Antonietta Potente, “sobre todo en la Iglesia, las cosas que se dicen de las mujeres son algo confusas. Quizás ni siquiera nosotras tenemos un lenguaje tan claro, vivimos en la vacilación. Creo que estar entre mujeres nos da una gran autoridad. Deberíamos ser las primeras en eliminar la distinción entre religiosas y laicas: todas somos mujeres y nadie forma parte del clero. Todas somos laicas. Esta es la verdadera distinción dentro de la Iglesia: ser clero o no serlo. Y es una gracia, este laicismo, porque nos autoriza a sentirnos liberados, fuera de un esquema: es mi espiritualidad la que me puede hacer decir que crecí según la tradición dominica, no mi ser monja. Por supuesto, hay injusticia, porque nos la han impuesto”.

Sororidad, agrega Anna Maria Vissani, “no significa encerrarnos en nosotras, sino dejar que florezca un lenguaje un poco más femenino, que es de lo que habla el Papa Francisco. Yo lo he vivido en las relaciones con los hombres: de joven monja, única mujer en la facultad de teología, algunos seminaristas o sacerdotes lloraban en mi hombro. Fue muy difícil. Siempre me decía a mí misma: tengo que mantener la distancia, porque soy una mujer consagrada. Pero acepté correr el riesgo y vi que, incluso temblando, podemos dar mucho a los

hombres. Hoy escucho y acompaño a muchas parejas en crisis o separadas”. Paola Lazzarini se define como “una hermana (de un hermano) sin hermanas. Siempre sentí la necesidad, lo busqué en otra parte. Tras licenciarme, entré en la comunidad de Auxiliares de Almas del Purgatorio y descubrí qué es la sororidad: no elegirnos, sino encontrarnos, tener que elegirse, aprender a estar juntos, no cerrar la puerta en la cara y esconderse en la habitación. Fue maravilloso. Me quedé 5 años, hice votos simples pero no perpetuos. Luego me casé y tuve una única hija, fue muy difícil aceptarlo. De nuevo, este tema llamaba a mi puerta en forma de falta: no pude convertir a mi hija en hermana”.

De esta historia “me llegan ecos –confiesa Patrizia Morgante– a pesar de no haber tenido la experiencia de la maternidad. Y no puedo escuchar historias de dolor, de violencia contra las mujeres; como si sintiera las vibraciones de este dolor dentro de mí. Me pregunto si mantenemos dentro de nosotros la voz de un inconsciente femenino colectivo. Creo que la sororidad está muy ligado a la relación con el alma, con la parte más íntima de nosotros, que nos empuja a narrarnos y que nos da autoridad... La UISG es un lugar ‘hermanal’, porque nuestro objetivo es dar a las hermanas la posibilidad, en su diversidad, de emerger. Nos estamos abriendo a otras formas de vida consagrada, un impulso para ir más allá de fronteras y límites”.

Para Cristina Simonelli: “El término sororidad lo veo como la posibilidad de traspasar fronteras. Decir sororidad en la Iglesia católica significa pensar en mujeres laicas y religiosas sin distinción, para quienes ser mujer es lo primero. Significa un compromiso ecuménico total, no para una sola iglesia y más allá de las iglesias. Experimentar vínculos, alianzas más allá de cualquier confinamiento. Como dice **Soave Buscemi**, misionera laica, estando y disertando”.

Cristiana Gualtieri, ha vivido la sororidad como experiencia de escucha, de estudio, de relectura coral de los textos. “He profundizado en la Biblia la competición entre hermanas como Lia y Raquel, la alianza entre extranjeras como Noemí y Rut, la plena acogida recíproca entre no consanguíneas como Isabel y María. Siento la necesidad de un espacio: en mi parroquia ya no lo encuentro, desde que dejé de ocuparme de los servicios clásicos como el canto o el catecismo”.

Antonietta Potente cita a **Simone de Beauvoir**: “Mujer no se nace, se hace. Yo, la conciencia de nuestra diferencia la encontré entrando en una congregación: el camino de identificación con mi identidad profunda ha coincidido con un camino de transformación espiritual. Tuve la suerte, en Bolivia, de estar dentro de una cultura



indígena, donde la mujer tiene un rol particular”. Dice que en América Latina, la teología feminista ha tenido que afrontar fuertes críticas por parte de las jerarquías en los últimos decenios. “En la universidad no era fácil; pero eso nos provoca el deseo de encontrar otras compañeras de viaje. Creo que debería ser así también en política”.

“A mí me duele mucho –se une Anna María Vissani– ver mujeres que logran hacerse un camino en la política e imitar a los hombres. También podríamos caer nosotros, dentro de la Iglesia”. Y de hecho, el poder puede complicar las relaciones entre mujeres.

“No creo –dice Cristina Simonelli– que la sororidad sea una cuestión romántica: de sentimiento sí, de cariño sí, pero también prevé conflicto, diferencias. Y la categoría de la autoridad, la cuestión de su gestión. Porque una autoridad que no tenga la posibilidad de actuar, que no tenga un poder, no sé si es una autoridad. Incluso en una asociación como la Coordinación de las teólogas. Intento gestionarlo para ser el pivote para autorizar a otras. Pretendo pensar en la autoridad como la autorización de otras”.

El tema del abuso de conciencia en las comunidades religiosas no es un tabú. “Lo vemos –dice Patrizia Morgante– porque las monjas son personas”. E introduce un nuevo tema: “La sororidad me hace pensar en mujeres desobedientes. Creo que hay una conexión con el Cosmos que nos nutre, porque nos sentimos víctimas como la Tierra... la nueva cosmología quizás nazca de esta nueva forma de ser ‘hermanales’”.

En la vida religiosa, continúa Antonietta Potente, “si las mujeres han desobedecido, han tenido la posibilidad de cultivar una inmensa creatividad. Pero si se quedaron sólo en el ámbito institucional, éste ha sido guiado por hombres. Las comunidades religiosas han tenido marcas masculinas, precisamente en ese aspecto que los hombres desconocen; porque si hay desastres comunitarios, son a nivel de relaciones masculinas permeadas por el individualismo. Además, somos seres humanos y, a veces, la relación entre mujeres es cansada. Entre nosotras, la autoridad debería ser más parecida al carisma, debería descubrirse siguiendo un camino de identidad. Entre los hombres, en la política, en la Iglesia, la autoridad es un rol, una posición: en cambio, cuanto más nos transformamos, más percibimos que cada una tiene su propia autoridad. La sororidad es un vínculo cosido con el hilo del cariño: no depende de los roles, de quién es la madre superiora hoy o quién será la próxima”.

Según Paola Lazzarini, “la palabra autoridad viene del latín autor, pero también de augere, hacer crecer. Me gusta el ejemplo que estamos recibiendo de *The Squad*, las diputadas demócratas estadounidenses procedentes

de minorías étnicas; su capacidad de hacer equipo. Tenemos la suerte de no ser formadas y ejercer el poder como los hombres, y esto nos da la posibilidad de hacerlo de forma libre, creativa, que hace crecer al otro, autoriza: si no es generativo, el poder de por sí, puede ser mortífero. A mí manera, sin estudios teológicos, he reunido a unas treinta amigas de Italia para escribir *El manifiesto de las mujeres para la Iglesia*. De aquí nace la asociación que presido. La idea es vivir la alianza entre mujeres valorizándose unas a otras, buscando un lugar y no conformándose, funcionar como ganzúa. He buscado alianzas en el extranjero y hemos dado vida a una red, *Catholic Womens Council*. Es un gran estímulo y a veces fuente de frustración: como activista, veo manifestaciones, como la huelga general de las Mujeres de María 2.0 en Alemania, y veo lo que nos cuesta en Italia. Es importante no sentirse solas, que es la esencia del ser hermanas”.

Vissani cuenta: “La Iglesia quiso imponer a nuestra



fundadora, Santa María De Mattias, enseñar en la escuela, sin predicar en la iglesia, ni reunir gente. Lo hizo. Un carisma, una inspiración, siempre viene de una identidad fuerte y la mujer misma debe parir, tenemos un útero en nuestro ADN”. E

El abuso de conciencia tiene que ver con los rasgos femeninos: “Entre nuestros instintos está la rivalidad. La relación con el poder no es la misma para todos. En los encuentros internacionales no es fácil entendernos, venimos de diferentes culturas. Sigo al Papa cuando dice que al final el Espíritu Santo lanza todo por los aires... en nuestros Institutos, aún no lo ha logrado”.

1. Patrizia Morgante
2. Cristina Simonelli
3. Paola Lazzarini
4. Anna Maria Vissani
5. Cristiana Gualtieri
6. Antonietta Potente

Teología amasada en la otra mitad de la Iglesia

El Concilio impulsó espacios para pensar la fe en femenino

DE LUCIA CAPUZZI

El azúcar se hundía en la margarina bajo la presión de la cuchara de madera volcada sin parar de Diana. Los otros 15, mujeres y hombres, preparaban los ingredientes y, mientras tanto, charlaban. El espacio era estrecho pero no les importaba. Habían encontrado un orden propio: la más anciana estaba apoyada en la única silla, el resto agachado en el suelo o contra la pared. La masa casi había alcanzado la consistencia adecuada cuando Socorro comenzó a leer: “Llegó el día de los Ázimos, en el que se había de sacrificar el cordero de Pascua; y envió a Pedro y a Juan, diciendo: ‘Id y preparadnos la Pascua para que la comamos’”. Durante un año, una mañana a la semana, **Socorro Vivas Albán** –profesora de Teología en la Universidad Javeriana de Bogotá– ha ido a la periferia sur de la capital acompañada por un equipo de estudiantes. En el barrio Bolívar, donde miles de desplazados han buscado refugio de los horrores de la guerra civil, ha reunido un grupo de personas sin trabajo. Las ha puesto en torno a una mesa y les ha enseñado a hacer galletas para venderlas y sobrevivir. Mientras, la teóloga comentaba con ellos

un pasaje de la Última Cena, como contado por Lucas. Entre fuegos rudimentarios y ollas, las palabras evangélicas salieron del papel y se mezclaron con la vida de los participantes, heridas por la pobreza, de la exclusión, de la violencia. Cosiendo las lágrimas, curándolas, calmando el dolor, iluminando los rincones oscuros. Después de todo, la teología se parece al arte culinario en su capacidad de disolver los “grumos” de la fe y hacerla fluir en la masa cotidiana de la existencia humana. Socorro Vivas está segura: “El objetivo de proyectos como este es encontrar nuevos lugares teológicos donde Dios se revela”. La estudiosa es una de las fundadoras de la Asociación Colombiana de Teólogos (Act),

un espacio para pensar la fe en femenino. Nacido en 1999, es uno de los muchos movimientos con los que las católicas latinoamericanas, laicas y religiosas, han tratado de convertirse en protagonistas de la construcción del Reino. Un fermento inspirado en el Concilio y su encarnación en el Continente, con las Conferencias del episcopado latinoamericano de Medellín y Puebla. “Hace cincuenta años, las mujeres no estudiaban teología. Ni tampoco la hacían. Era patrimonio exclusivo de los hombres de Iglesia –explica **Isabel Corpas de Posada**, de la primera generación de teólogas latinas–. El Concilio cambió las cosas, devolviendo a la teología la otra mitad de la experiencia humana”. Esa mitad sin la cual, como dice el Génesis, se mutila la imagen del Creador.

En el año de Puebla, 1979, tuvo lugar en México el Congreso de Tepeyac, considerado una de las incubadoras de la “teología feminista latinoamericana”, iniciada por los estudios de las pioneras **Elizabeth Schüssler Fiorenza**, **María Clara Bingemer**, **Nancy**

Uno de los círculos de Arraigos para la vida



TRIBUNA

‘Amoris laetitia’: un avión que no termina de despegar

DE MARCELA MAZZINI. Teóloga, profesora de la Univ. Pontificia Católica Argentina - Facultad de Teología y Directora del Diploma en competencias educativas para la vida interior Univ. de San Isidro Dr. Plácido Marín de Buenos Aires. Auditora en el Sínodo sobre la familia de 2015

Con inmensa alegría terminamos el Sínodo de la familia, aquel soleado Octubre de 2015. Debates intensos y polémicas que fueron abordadas en el aula a partir de un magnífico documento de trabajo, dieron cuenta de una Iglesia que comprendía que la familia había cambiado, que las respuestas ya no servían, porque las mutaciones que experimentaron las familias en las últimas décadas, eran tan profundas que habían transformado hasta las preguntas.

Nos preguntábamos qué haría el Papa con todos los cuestionamientos y debates que quedaron plasmados en la *relatio finalis*, que Francisco puso inmediatamente online terminada la Asamblea. Con muchas ideas e iniciativas pastorales regresamos a nuestros países con la certeza de que algo importante había pasado e iba a suceder.

El 19 de marzo de 2016, Francisco nos ofrece *Amoris Laetitia*. No se quedó atrapado en los problemas que se plantearon en el Sínodo ni en los que no pudie-

ron abordarse, el Papa nos habló de la alegría del amor que se vive en las familias, como Júbilo de la Iglesia (cfr. *Amoris laetitia*, n. 1). Nos mostró la centralidad de los vínculos entre los esposos, los padres y los hijos, la familia pequeña y grande, los jóvenes y los abuelos y nos invitó a vivir una nueva pedagogía del amor. A crearla, a hacerla.

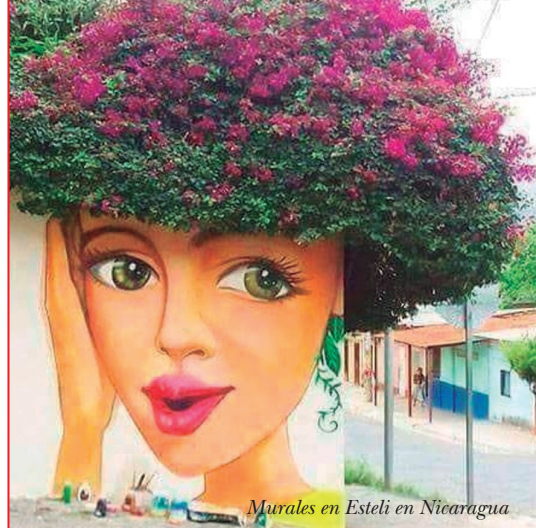
Apenas salido el documento, un teólogo amigo me dijo: “¡Este texto es un avión!”, para manifestarme la fuerza y las posibilidades que allí se vislumbraban.

Apenas llegado el documento a estas latitudes, muchas personas relacionadas con la pastoral familiar, no captaron que lo central de la exhortación eran los capítulos 4 y 5, (sobre el amor cristiano), y se focalizaron en el famoso capítulo 8 al que ni siquiera se llamó por su nombre (Acompañar, discernir, integrar la fragilidad), sino “el capítulo de los divorciados en nueva unión”. La recepción fue difícil: eclesialista y reduccionista, centrándose en la pregunta: ¿quiénes y cuándo pueden comulgar?

Pineda, María Alicia Brunero, María Pilar Aquino. Su memoria es recogida y transmitida gracias al trabajo de las herederas. El término “feminista” puede sonar “sospechoso” a ciertos oídos clericales. Debe comprenderse a la luz del contexto. “No se trata de un machismo, no es una teología reivindicativa. Al contrario. Reflexionamos sobre la fe a partir de nuestra experiencia de mujeres. Y tratamos de vivir y promover la igualdad, también entre hombres y mujeres, como nos pide Jesús en el Evangelio. Para evitar malentendidos prefiero hablar de teología hecha por mujeres” explica **Marcela Mazzini**, teóloga de la Universidad Católica argentina y una de las creadoras de Teologanda. “Asistí a la Facultad de Teología cuando no había ni siquiera una mujer docente de tal materia. Una vez licenciada, empezamos a reunirnos las ex compañeras de clase. Después de años de encuentros informales, en 2003 nos dimos una estructura con el objetivo de incentivar la teología femenina. Hemos hecho un extenso trabajo de investigación en cuatro volúmenes que recoge la contribución de las principales teólogas latinoamericanas. También gracias a la colaboración con la Asociación de Teólogas Católicas Alemanas, hemos realizado encuentros internacionales. Y ahora seguimos adelante proponiendo proyectos de investigación y becas”, afirma la académica de Buenos Aires, firmemente convencida de la necesidad de que las mujeres hagan teología. “Porque la fe debe pensarse desde todos los lugares existenciales posibles. El discurso

teológico está impregnado de contexto. No es lo mismo que lo formule un hombre o una mujer, un laico o un presbítero”, concluye. Por eso, la teología femenina no es “cosa de mujeres”, como no se cansa de repetir **Lucila Servitje**, miembro del consejo de la Cátedra de teología feminista establecida en 2016 dentro de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México. “Nos proponemos interpretar la fe a partir de la experiencia femenina. Un trabajo no solo en beneficio de las mujeres. Su discriminación representa una herida para los hombres, privados de otras formas de imaginar la relación con Dios y de vivir su humanidad plena. No se trata de negar la diferencia entre géneros sino de luchar para que no se justifique la desigualdad. La teología feminista no es un grupo de presión a favor del sacerdocio femenino. Es un servicio a favor de todo ser humano. No es casualidad que teólogos y teólogas formen parte del consejo de la cátedra”.

“No queremos sustituir un dominador con una dominadora. Luchamos evangélicamente contra toda relación de dominio, es una situación de pecado que envenena el corazón de quien explota y de quien es explotado” subraya **Geraldina Céspedes**, misionera dominica del Rosario y teóloga de la Universidad Rafael Landívar de Ciudad de Guatemala donde, en 1994, junto a las compañeras de curso y a dos profesores empezó el grupo Mujeres y teología. Veintiséis años después, en el tradicional encuentro anual con el público, se encuentran cientos de personas. “Compartimos y



Murales en Esteli en Nicaragua

trabajamos para poner en práctica el sueño de Jesús de una comunidad inclusiva, donde haya lugar para todos”.

José León Suárez, concurrido cinturón urbano de Buenos Aires. Consuelo era escéptica sobre el círculo. Comprometida en el esfuerzo cotidiano de sobrevivir a la crisis crónica, pensaba que no tenía tiempo para las actividades abstractas. La Biblia, sin embargo, tiene mucho de concreto para decir a su vida de mujer pobre y víctima de violencia. En la Palabra, en las charlas, en los ejercicios de relajación y danza ha encontrado fuerza y esperanza. Un grupo de religiosa creó *Arraigos para la vida*, círculos femeninos ya difundidos en toda Argentina. “El Evangelio devuelve plena dignidad a quien ha sido ‘descartado’ –concluye la socióloga **Ana Lourdes Suárez**, veterana de Arraigos– Y al hacerlo transforma la vida. Cuando los seres humanos caminan codo con codo. Convirtiéndose en Buena Noticia, los unos para los otros”.

Amoris Laetitia, decía que “en cada país o región se pueden buscar soluciones más inculturadas, atentas a las tradiciones y a los desafíos locales” (n. 3). Los Obispos de la región Buenos Aires escribieron un documento con criterios básicos para la aplicación del capítulo 8, dicho documento fue confirmado por Francisco como una implementación válida de la exhortación.

Las discusiones teóricas sobre el capítulo 8 siguieron en círculos pastorales y teológicos, pero la praxis pastoral de las comunidades no cambió demasiado en lo concreto. Esto sucedió por el hecho de que las afirmaciones de *Amoris Laetitia* sobre la recepción de los sacramentos era algo que, de hecho, se vivía en muchas comunidades católicas de Argentina, especialmente

en los barrios populares. En su mayoría, el “Santo Pueblo fiel de Dios”, como le gusta decir a Bergoglio, encontró en *AL* lo que ya vivía y comprendía pero resultó de gran estímulo escucharlo del Papa.

Muchas parejas empezaron un camino de discernimiento en su situación sacramental, que los llevó a una mayor cercanía con la comunidad eclesial. También hubo intentos de renovar la pastoral familiar en general y prematrimonial en particular, aunque con poco impacto en las comunidades.

La reforma de Francisco, que tiene corazón de misericordia, todavía no ha terminado de ser recibida en este documento so-

bre la Familia, que tiene mucha riqueza no suficientemente descubierta ni desarrollada. Como dice mi amigo es “un avión” que no termina de despegar.

Concretamente en este espacio, podemos nombrar algunos temas que no han sido desarrollados: el lugar de las mujeres en la sociedad, en la familia, la cuestión de género, la violencia contra ellas, el machismo, (cfr. nn. 49, 54-55, 154-156, 197), etc. Asuntos que tuvieron poco eco pastoral, teológico y social.

Lo bueno de los textos es que siempre están allí, esperando una oportunidad de ser descubiertos. Ojalá este “avión” despegue, para felicidad de muchas personas y de muchas familias.



Papa Francisco durante el Sínodo sobre la familia

Pobreza y trabajo: la revolución de Clara

DE CHIARA FRUGONI

Fue la primera mujer en escribir una regla para mujeres

En el imaginario colectivo **Clara** es vista siempre a la sombra de **Francesco**, unida a él por un amor más o menos sublimado. La película de **Franco Zeffirelli** de 1972, *Hermano Sol, hermana Luna*, de gran éxito, contribuyó a reiterar este estereotipo. Clara fue una santa dotada de gran valentía e independencia y de una fortísima personalidad.

Cuando Clara empezó a salir con Francisco, era joven, noble, rica y hermosa: así la describe **Juan Ventura**, el hombre de armas de la casa, en el proceso de canonización. De su madre había recibido una educación religiosa profunda y arraigada: en ella moduló su propia escala de valores, vistiéndose modestamente para recordarse a sí misma la solidaridad con los desposeídos a través de la pobreza tomada como modelo de Cristo y de la Virgen. Todo lo que Chiara vio a su alrededor en la sociedad de Asís o por lo que tuvo que pasar en la familia —la presión para tomar marido y la posterior negativa—, contrasta con lo que sugería su foro interno. Al rechazar el matrimonio, tendría un destino obligatorio; marchitarse en casa o convertirse en monja de clausura. En este segundo caso, sus padres le habrían asignado una dote y en el monasterio, siendo una mujer noble, habría vivido con los privilegios de nacimiento.

A los dieciocho la imaginamos inquieta e infeliz, agitada por deseos sin proyecto. Fue Francisco quien solicitó encuentros con esa joven, que permanecieron reservados y secretos durante algún tiempo.

Al escuchar a Francisco, Clara se sorprendió al oír sus propios pensamientos, pero reflejados en un proyecto que ya había tomado forma y claridad. El modo de vivir de la joven fraternidad, tan nuevo

y tan antiguo porque recorría el camino de Cristo, de María y los apóstoles, habría sido suyo. Suyo y de sus futuras compañeras. Clara había llegado donde siempre había querido estar y donde pensaba quedarse definitivamente. Le tomó tiempo acumular valentía que sería suficiente para toda su vida. Dejó la casa paterna en Asís y nunca regresó: vivió durante unos cuarenta años en el monasterio de San Damiano con la madre **Ortolana**, sus hermanas **Inés** y **Beatriz**, sus sobrinas **Balvina** y **Amata**, y sus hermanas que la adoraban, hasta su muerte, el 11 de agosto de 1253.

Clara se vio obligada a aceptar el título de abadesa y la clausura, pero nunca quiso que su comunidad pudiera contar con los ingresos de los terrenos, como todas las demás comunidades de clausura, donde las monjas, dedicadas a una vida de ascetismo y oración, tenían que contar con los medios externos de subsistencia.

Clara, como Francisco, quería vivir en la pobreza más radical: se enfrentó con **Gregorio IX** —[una monja de la pequeña Asís contra el Papa]— dispuesto a dispensar a Clara del voto de pobreza, de no poseer nada ni individualmente ni en común, y que hubiera querido dotar el monasterio de modo que mitigara esa negación absoluta. Clara se opuso con decisión inquebrantable y no se dejó persuadir. Y cuando el pontífice respondió “si temes por el voto, te lo dispensamos” Clara respondió “Santo Padre, bajo ningún acuerdo y nunca, para siempre, deseo ser dispensada del seguimiento de Cristo”.

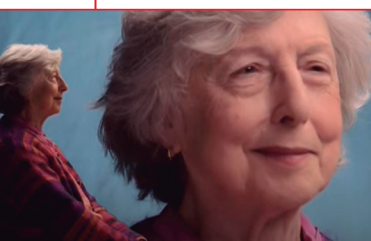
Clara no quiere poseer nada, como Francisco. Quiere mantener la mente libre y se niega a comprometerse con cualquier forma de poder. Lucha toda su vida con la Curia y con las jerarquías oficiales de la Orden Franciscana no solo para que

se reconozca el derecho a ejercer con las compañeras la más alta pobreza, sino también para preservar su vínculo fraterno con Francisco, la pertenencia a la misma familia y el compartir de una misma forma *vitalis*, aunque declinada con la precaución de una versión femenina. Los primeros frailes que se unieron a Francisco trabajaron, aceptando como compensación solo comida diaria. No dependían de la caridad de los habitantes de la ciudad. Clara quería que sus monjas también trabajaran. El trabajo manual ayudaba a mantener contacto con el mundo. Lo que producían las monjas tenía que distribuirse *pro communi utilitate*, en beneficio de todos, escribió Clara, y no solo en beneficio del monasterio. Clara ya estaba muy enferma cuando tenía unos treinta años; permaneció en cama durante veintiocho años, hilando ininterrumpidamente seda o lino para que las hermanas pudieran confeccionar la fina tela de los corporales, y las correspondientes bolsas “cubiertas de seda y de samito”, llevados primero a bendecir por el obispo y después distribuidos en las iglesias de la ciudad y la diócesis. Clara fue la primera mujer en escribir una regla para mujeres. Antes, las monjas se habían visto obligadas a adaptar a sus necesidades una regla escrita para hombres. La regla de Clara es muy hermosa, que no se basa en prescripciones rígidas, sino que deja todo a la conciencia de la monja, a la aplicación del amor y la paz del Evangelio. Clara fue una mujer capaz, de gran comprensión y escucha. Si la Iglesia la obligaba a aceptar la clausura, su monasterio se abría para curar a los niños y curar los problemas, de las mujeres pero también de los hombres.

No todas las monjas trabajaban en el monasterio, algunas salían regularmente: son las *sorores extra monasterium servientes*.

La autora

Historiadora, medievalista, especializada en Historia de la Iglesia, ha sido profesora de Historia Medieval en varias universidades, incluidas las de Pisa, Roma y París. Una gran parte de su investigación está dedicada a las figuras de San Francisco y Santa Clara, con muchos libros traducidos en el extranjero. Ha profundizado en la forma en que las instituciones se han opuesto a la acción de Francisco. En 2011 identificó en uno de los frescos atribuidos a Giotto en la Basílica Superior de Asís un perfil de un diablo dibujado en las nubes. El perfil no se conocía y no había literatura al respecto.





CLARA DE ASÍS

- **Nacimiento** Asís, 16 de julio de 1194
- **Muerte** 11 de agosto de 1253
- **Venerada por** Iglesia católica
- **Canonización** 1255 en la Catedral de Anagni
- **Santuario** Basílica de Santa Clara en Asís
- **Solemnidad** 11 de agosto

del monasterio a que, cuando vieran “los árboles hermosos, floridos y frondosos, alaben a Dios. Y de igual manera, cuando veían a los hombres y a las demás criaturas, siempre de *tucte et in.tucte* alaben a Dios”. Creo que puedo deducir que estas *sorores* —que caminan mucho tiempo, realizan un trabajo agotador para el cual deben poder refrescarse debidamente, que pueden hablar libremente, por ejemplo alabando la creación en público, hablar también desde la tarde hasta la primera hora de la mañana, consideradas a la par con las demás monjas que permanecían en el monasterio—, deberían ejercer un apostolado activo al servicio de las enfermas en los hospicios-hospitales y las leproserías femeninas (donde una ayuda o una palabra consoladora no pueden depender del escaneo de las horas monásticas).

En la Edad Media, de hecho la Iglesia admitía solo las moniales, monjas todas de clausura, mujeres custodiadas. No concebía ese estilo de vida de las monjas, grupos de religiosas reunidas en congregaciones que viven en conventos, y que se dedican a la educación de los niños, en las escuelas o al cuidado de enfermos en los hospitales.

Francisco elaboró una regla, *Del comportamiento de los frailes en las ermitas*, dedicada a esos frailes que quisieran vivir por un breve periodo en soledad de ermitaño. Para que no se perturbara su paz, algunos frailes, “frailes-madres”, se habrían ocupado de cada tarea material, atendiendo a todos los “frailes-hijos”, que a su vez, después de un tiempo, habrían intercambiado funciones y roles con los “frailes-madres”. En el monasterio de Clara vemos alternarse en completa igualdad a las monjas dedicadas a la oración y a la ascesis y a las monjas que se ocupaban de ayudar a las enfermas. Quizá el santo para su regla se inspiró en la vida de Clara y las compañeras que en San Damián alternaban vida contemplativa y activa, oración y meditación y el servicio de caridad (también fuera del monasterio).

No se trata de establecer quién tomó de quién: el obispo **Giacomo da Vitry**, testigo de ello, la describe como abierta a hombres y mujeres llamados, escribe, “*fratres minores et sorores minores*”.

Clara en su regla que comenzó a escribir en 1250 y fue aprobada dos días antes de su muerte, detalla sus tareas.

Las *sorores extra monasterium servientes* de Clara —son llamadas sorores y no servitiales, hermanas y no siervas—, visten de la misma manera que las otras monjas y son tratadas igual; no son distintas en el hábito. Tienen permiso de no ir descalzas como sus compañeras en el monasterio; Clara creía que los caminos llenos de baches y los largos viajes eran diferentes a los suelos lisos y los viajes cortos dentro del pequeño San Damiano. Están exentas del ayuno; no están obligadas a respetar el silencio desde las completas hasta la hora tercera,

es decir, desde el atardecer hasta las nueve de la mañana. No deben pedir permiso a la abadesa para salir. Tienen encuentros habituales con los laicos, como se desprende de una serie de recomendaciones y prohibiciones que les conciernen: las estancias de estas sorores fuera del monasterio no deben ser demasiado prolongadas (“salvo que una causa manifiesta lo requiera”); se mantiene un comportamiento modesto en el camino; las monjas no deben hablar demasiado, no se involucran en consejos ni en relaciones sospechosas con nadie. La santa, como Francisco, mostraba un agradecimiento gozoso por la creación y exhortaba a las hermanas que servían fuera

La elección de Ángela, pionera de la redención

La fundadora de las Ursulinas creó el primer insituto religioso secular

DE CAMILLA BARESANI

En la plaza central de Desenzano del Garda, que se asoma a un pintoresco pequeño puerto pesquero, destaca sobre una base alta la estatua de Santa **Ángela Merici**, fundadora de las Dimesse di Sant'Orsola, es decir, la Congregación de las Ursulinas. Nacida en 1474 y fallecida a los sesenta y seis años en 1540 (una mujer realmente longeva para aquellos tiempos), fue proclamada santa casi tres siglos después, en 1807. Treinta años antes del éxito del proceso de canonización, el bresciano **Gelfino Calegari**, “contratado por los conciudadanos”, como está escrito en el pedestal del monumento, había esculpido en el mármol a la futura santa, siguiendo el estilo típico de la mirada dirigida hacia el cielo y la modesta ropa de un caminante.

Ángela nació en una familia de campesinos que vivía en una humilde casa de campo en la localidad Le Grezze, a dos pasos de la importante abadía benedictina de Maguzzano, que había sido destruida por las tropas Visconti hacía unos años y fue reconstruida en 1492, cuando Ángela acababa de ir a vivir con un tío relativamente rico, en Salò, también en el lago de Garda. La proximidad a uno de los sitios monásticos más importantes del norte de Italia había contribuido durante siglos a la religiosidad de la gente de Desenzano, por lo que Ángela creció escuchando las historias de la vida de los santos todas las noches, incluida, probablemente, la de santa Úrsula. Legendaria figura femenina de la Alta Edad Media, Úrsula era hija de un rey católico de los británicos y fue asesinada por los hunos en Colonia mientras, escapando de un matrimonio concertado, regresaba de una peregrinación a Roma en compañía de mil vírgenes compañeras suyas, a las que instruía en las verdades de la fe. En la práctica, una mujer orgullosa e independiente, una activista, una figura carismática dedicada a la docencia y la sororidad.

Volvamos a la joven Ángela. Como sucedía en aquella época, las familias eran diezmasadas por las enfermedades y de he-

cho en pocos años fallecieron el padre, la madre y cuatro hermanos mayores, por lo que Ángela y su hermana superviviente en 1492 se trasladaron a pocos kilómetros de Desenzano, huéspedes del tío materno de Salò, quien las acogió con cariño asegurándose de que las niñas tuvieran una educación adecuada: normas de higiene, normas religiosas, saber leer y hacer las sumas. Ángela tenía dieciocho años en ese momento. Los hombres escaseaban porque estaban involucrados en las continuas guerras de la República Vénetica, de la que formaban parte Brescia y la campiña circundante. Las perspectivas de la joven podrían ser la más difícil de encontrar un

marido, tal vez un viudo con hijos (en aquella época, si habían escapado de la muerte por enfermedad, los hombres morían en la guerra y las mujeres al dar a luz) o, ir al servicio de alguna señora noble del lugar, o, más fácil aún, quedar embarazada por enamoramiento o violación y terminar en medio de la calle mendigando, o quizás retirarse a algún convento. Y, los conventos eran a menudo lugares de corrupción y de pecado. Fallecida la hermana, Ángela se hizo terciaria franciscana. Luego murió el tío, así que Ángela volvió a Desenzano, a la casa de los padres, donde inició una pequeña escuela enseñando el catecismo a las ni-



Luigi Marai, Santa Ángela Merici, siglo XIX. Diócesis de Verona

ñas. Más adelante, treinta años después, con estímulo tanto religioso como social, fundará la Congregación de las Ursulinas.

Volviendo a su estatua, aunque Ángela encarnaba la figura de una mujer especialmente dedicada al amor por los niños necesitados de educación, y sobre todo al tema de la libertad femenina (que en la época significaba solo un mínimo de dignidad y educación) su papel innovador fue ignorado por los jacobinos que dominaron Desenzano a finales del siglo XVIII. Y de hecho la escultura fue retirada en 1797 de la plaza del pueblo a favor de un “árbol de la libertad”. Los devotos de Desenzano lograron devolverla a su lugar en 1800.

Si releemos la historia de Angela Merici aplicando a las condiciones del pasado las exigencias del presente, debemos considerarla una figura carismática de redención femenina, una progenitora. La educación (no solo religiosa), la liberación del juego de los matrimonios concertados o del sexo punitivo que te lleva a acabar en la calle, la conquista del rol pedagógico fundamental, y sobre todo de una dignidad, son los primeros pasos de esa carrera impetuosa y llena de tropiezos que hoy nos lleva a reclamar igualdad de trato en el trabajo y en la vida privada. La leyenda llenó la vida de Ángela de lugares comunes de santidad: las visiones reveladoras, las peregrinaciones a Tierra Santa y a Roma, el milagro de la vista perdida durante la peregrinación y luego encontrada en su regreso a Brescia.

ÁNGELA MERICI

- **Nacimiento**
Desenzano del Garda, 21 de marzo 1474
- **Muerte** Brescia, 27 de enero de 1540
- **Venerada por**
Iglesia católica
- **Beatificación**
30 de abril de 1768 por el Papa Clemente XIII
- **Canonización**
24 de mayo de 1807 por el Papa Pío VII
- **Solemnidad**
27 de enero



La estatua de santa Ángela Merici en Desenzano del Garda, obra de Gelfino Calegari, 1772

Pero lo que queda, más allá de las historias de la “vida de la santa”, es la figura de una mujer de carácter, independiente y que ha encontrado en la fe y en su testimonio el papel de hermana entre hermanas, una forma de cuidar del destino de los que no tienen medios, dejando una institución sólida para continuar su labor.

Cuando en 1530 Ángela fundó su sociedad religiosa –la Compañía de Santa Úrsula oficializada en 1535– el objetivo no era refugiarse en la oración con las hermanas, sino tener una casa común de la que partir todos los días para ir en medio de la gente y para realizar misiones benéficas y de afiliación; básicamente salvar a las mujeres jóvenes de la miseria, la opresión y la ignorancia. La Compañía fue el primer instituto religioso secular: para Ángela lo que importaba no era encerrarse en un monasterio sino vivir en el siglo, y prueba de ello es que quiso que el gobierno de las Ursulinas fuera dirigido por “vírgenes” y por “matronas”, es decir, viudas pertenecientes a la aristocracia de Brescia que, por su experiencia concreta como madres, pudieron atender la vocación y las necesidades de las “hijas espirituales” con una presencia solícita y afectuosa. Las ursulinas son la primera fundación religiosa que valora la experiencia y los recursos de las viudas adineradas: además de ocuparse de la esfera privada de las hermanas jóvenes, tenían un papel político. Se ocupaban de la inserción de esta nueva institución femenina en la sociedad política y civil de la época. Un legado de amor, humanidad y sororidad que hoy aún perdura en las sesenta compañías de ursulinas seculares y congregaciones religiosas presentes en Italia y en el extranjero.

Carola Susani escribió en estas páginas sobre la espléndida experiencia de Rita Giarretta, sus hermanas y de Casa Rut, que



La autora

Bresciana de origen, ha escrito novelas, ensayos, cuentos. Los últimos libros que ha publicado son: *Celos* (La nave de Teseo, 2019), *Los ladrones* (Mondadori Electa, 2015), *La sal roja del Himalaya* (Bompiani, 2014) que ha recibido el Premio Internacional de Literatura Ciudad de Como, el Premio Cortina de Ampezzo, el Premio Ciudad de Vigevano. Enseña escritura creativa en la Escuela Molly Bloom. Para la televisión es autora del formato de Romanzo Italiano, un programa “geo-literario” con entrevistas a 29 escritores que hablan de los lugares que inspiran su narrativa.

en Caserta desde 1995 ayudaba a mujeres migrantes víctimas de trata. Es solo uno de los muchos legados morales que, siglos después de la muerte de santa Ángela Merici, hacen realidad las intuiciones de esta mujer visionaria: para ella el progreso de la sociedad debía incluir la educación del mundo femenino, y la mejor manera de lograr este objetivo era el apostolado, la militancia, la inclusión. En Desenzano, además de la estatua de Ángela, en cuyo pedestal se sientan turistas para contemplar el puerto y el puente veneciano, se encuentra la sede del Mericianum. Construido justo donde fue su lugar de nacimiento, es el centro de espiritualidad inspirado por la santa. Desde 1978, además de estudiar el “carisma mericiano”, se ha dedicado a promover las relaciones ‘hermanales’ entre las ursulinas seculares y las religiosas.

Por qué elegí hacerme monja ursulina por NAIKE MONIQUE BORGIO

La “cuestión femenina” siempre me ha interrogado como mujer. Me preguntaba cómo podía vivirla de forma original: era solo una empleada en una notaría con una licenciatura en Ciencias jurídicas en búsqueda del sentido de la vida. En 2003 conocí en Schio (Vicenza) algunas monjas “de frontera”: audaces, alegres, comprometidas en mejorar la situación de la mujer en cualquier lugar y enamoradas del Señor. Deseaba consagrarme, así a los casi 27 años, en 2008, entré en formación eligiendo las hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de María cuyo carisma es “la salvación y la santificación de las clases populares femeninas”, como decía la fundadora Giovanna Meneghini. Además las Ursulinas me parecían más emprendedoras que otras monjas. El primer año de formación en Monterotondo (Roma), después dos años de noviciado en Vicenza, donde todavía vivo. El carisma de mi congregación lo expreso en el ámbito de la comunicación, que me hace voz de las mujeres y de sus demandas.

Ivana
Ceresa
actualizó
esta
vocación
centrada
en la
hermandad

Las beguinas viven hoy

DE ELISA CALESSI

La idea me vino de lejos, pero al principio ni siquiera tenía la palabra para decirla". Nace de una palabra que no existe, la Orden del Hermanamiento. Existen "sororidad", "fraternidad", pero no la hay, explicaba la fundadora **Ivana Ceresa** al relatar los inicios, un término para indicar un vínculo profundo entre mujeres que no es de sangre. Una ausencia lingüística que también es simbólica, subrayaba la teóloga de Mantua nacida en 1942 en Rivalta en el Mincio y fallecida en 2009.

Y siempre es la palabra aplastada a un solo género, el masculino, la bombilla que había encendido en ella el deseo de hacer aquello de lo que buscaba el nombre.

Un día, cuenta en una entrevista, va a misa a la iglesia de San Andrés en Mantua. Todas son mujeres, pero el celebrante dice "Rezad, hermanos". "Le miraba y pensaba: ¿pero qué dice?". No se detiene en el asombro. "Después de la misa, fui a la sacristía y le dije cuatro cosas. ¿No te da vergüenza, no te da vergüenza llamarnos hermanos cuando éramos todas mujeres?".

En otro escrito afirma: "Si digo: todos los hombres están llamados a la salvación, no digo la verdad, estoy usando un lenguaje que me esconde". Que oculta la diferencia de ser mujer. Decisiva en la fe y delante de Dios. He aquí la intuición que se convertirá en un libro, el más importante: Decir Dios en femenino.

Pero Ceresa da un paso más. No se detiene con el descubrimiento intelectual. Decide, junto con unos amigos, hacer una práctica. Verificarlo, entre mujeres, en la experiencia. Necesitamos "un viaje de éxodo de la homologación al masculino", se lee en la Regla de la Orden. Sólo es posible a través de la relación entre mujeres que buscan, en una relación de "autoridad" y "confianza" dar concreción a esa intuición.

Nace entonces la Orden del Hermanamiento, una asociación de "mujeres convocadas por el Espíritu Santo para hacer visible la presencia de la mujer en la Iglesia y en el mundo", especifica la Regla.

El camino ha sido largo para llegar. El primer encuentro fundamental para Ivana Ceresa es con la abuela, una mujer fuerte, de fe, expresión de ese matriarcado que gobernó tantas campañas en el Norte. De su figura recibe la inspiración para ser teóloga. Pero en esa época, estamos a finales de la década de 1950, la profesión estaba cerrada a las mujeres. En 1960 se matriculó en la Universidad Católica. "Si no puedo estudiar teología como un hombre, estudiaré literatura como lo hace un mar de mujeres", se dice. Llega el se-

gundo encuentro, decisivo. Con **Luisa Muraro**, filósofa del pensamiento de la diferencia. Ambas son invitadas al Marianum University College de Milán.

Ivana Ceresa regresa a Mantua, se casa y enseña literatura en la escuela secundaria. Pero nunca deja de cultivar la pasión por la investigación teológica. Llega la temporada de la contestación: "En esos años, teología para recurrir: autoritarismo, conformismo, misoginia, capitalismo y todo lo demás". Sigue buscando una paridad que no existe. En los años ochenta, el tercer encuentro fundamental. Con la comunidad filosófica Diótima de la Universidad de Verona, que difunde el pensamiento de la diferencia. Ivana Ceresa entiende que el problema, incluso en la Iglesia, no es ser como los hombres, sino reivindicar el ser femenino.

Ceresa es una mujer de fe. Y siente la urgencia de realizar estas intuiciones en la realidad eclesial. Porque, le gusta repetir, "Iglesia y mundo son una hendíadís". Estudia teología femenina, relee la historia de los santas y madres de la Iglesia. Realiza conferencias, seminarios, lecciones en la Escuela de Cultura Contemporánea de Mantua.

Después de una de las muchas conferencias, se encuentra con algunas amigas para compartir el deseo de reflexionar juntas y más amenudo sobre estos temas.

Una tarde **Martina Bugada**, iconógrafa y amiga suya, fue a visitarla. Me habla de ese día de la siguiente manera: "Me dijo: 'He pensado en esta palabra: sororidad. Me vino esta palabra que no existía'. Incluso el ordenador la rechazaba, no estaba prevista". Sororidad es la traducción de *sorority*, un término en inglés que se usaba en las universidades para indicar grupos de estudiantes universitarias, afiliadas por un vínculo de comunidad que no era de sangre. Ceresa lo retoma de la teóloga **Mary Daly**, autora de *Más allá del Padre*, que extiende su uso. Es 1994, todo comienza ahí. Pero hay que comprobar todas las luces. "Si Martina dice que sí —reflexiona Ivana— seguimos adelante". Martina dice que sí. Y después de ella otra,

y otra. Se vuelven veinte, luego treinta. Se dividen en varios grupos para mantener un debate más eficaz. Se encuentran unas veces en casa de una, otras en casa de otra.

"Mi aspiración —dice la fundadora de la Orden del Hermanamiento— era ver a un grupo de mujeres unirse para aprender a apoyarse, a reconocerse como mujeres, a entender que el mundo no es neutral y que ellas no quieren ser el neutro sino que quieren ser en femenino".



INTITULADO
A MARÍA S.
CORONADA

- **Nacimiento en 1996 en Mantua**
- **Fundadora Ivana Ceresa (1942-2009)**
- **Reconocimiento 18 de marzo de 2002 por el obispos de Mantova Egidio Caporello**
- **Otras sedes Mantua, Ostiglia, Asola, Grazie, Milán**



Ivana Ceresa, a la derecha, con Luisa Muraro en 1992

La intuición la basa en la historia de la Iglesia donde encuentra algunas precursoras: las Beguinas del Norte, **Clara de Asís** con sus compañeras, **Angela Merici**, la fundadora de las Ursulinas, **Juana Francisca Chantal**, fundadora de la Orden de la Visitación de Santa María. En estas huellas encuentra consuelo en el don que el Espíritu Santo, dice, le ha dado: “Yo daba voz a mi deseo de llevar el mundo al mundo, la Iglesia, el presente, en definitiva, y el futuro también en femenino”.

El 18 de marzo de 2002, el obispo de Mantua, monseñor **Egidio Caporello**, reconoció a la Orden del Hermanamiento como una asociación de fieles que, citando el artículo 1 de la Regla, desean “vivir la fe cristiana según las diferencias femeninas en la Iglesia Católica

local, siguiendo los pasos de cuantas, en tiempos lejanos y recientes, las precedieron”. Hoy son unas cuarenta, divididas en seis grupos: cinco en Mantua, uno en Milán. Cada uno dedicado a María. Hay mujeres casadas, solteras, consagradas, mujeres no creyentes o mujeres de otras confesiones religiosas (actualmente hay una valdense). Se reúnen una vez, dos veces al mes, para reflexionar sobre las figuras de santas, textos de teólogas o para discutir temas de actualidad. Una vez al año se reúnen todas juntas durante dos o tres días.

Cada grupo tiene una presidenta en rotación según el momento de entrada al grupo. Una vez al año, el día de la Fiesta de Santa María Incoronata, a la que está dedicada la Orden, se elige por sorteo la presidenta de todas las hermanamientos. En obediencia a uno de los fundamentos de esta experiencia: “la autoridad femenina -me explica Martina- es el reconocimiento mutuo entre dos o más mujeres que se apoyan en cuanto a sus deseos y según el propósito que quieren perseguir”.

Un concepto que Ivana Ceresa explicaba a partir de la imagen de la Visitación: dos mujeres, María e Isabel, se encomiendan la una a la otra, en una confianza que nace del reconocimiento de la autoridad de la otra. Antítesis del poder. Hoy el hermanamiento tiene un icono (en la página anterior), escrito por Martina Bugada. La Virgen y el Niño en el centro, a la derecha y a la izquierda las mujeres que inspiraron esta experiencia: Angela Merici, Teresa Fardella, Osanna Andreasi, Paola Montaldo, Speciosa.

LAS IDEAS

DE GIORGIA SALATIELLO

Decir sororidad no es extravagancia feminista

Con sororidad se entiende la relación entre dos mujeres o entre una mujer y un hombre, pero vista desde la perspectiva de la mujer. Surge inmediatamente una pregunta: ¿qué añade sororidad a fraternidad, desde el momento en el que esta última, como todos los términos masculinos, es inclusiva, es decir aplicable también al femenino? La primera respuesta que se puede dar es muy sencilla e inmediata: la no ocultación de la diferencia sexual. Esta diferencia, de hecho, implica dos modos distintos de estar en el mundo, que no pueden ser homologados y que necesitan ser reconocidos para no caer en afirmaciones

teóricas abstractas sobre un “ser humano” genérico que representa un neutro, en realidad, inexistente. El uso de sororidad no es una extravagancia feminista, sino que responde a una exigencia precisa de adherir a la concreción de la vivencia, consintiendo acoger peculiaridades que, de otra manera, se perderían. En muchos ámbitos, el uso de sororidad puede resultar fecundo, pero aquí es necesario detenerse sobre uno solo de ellos, que resulta hoy particularmente significativo para la existencia de las mujeres y que merece ser implementado. Es el que el “pensamiento de la diferencia sexual” que informa a Luce Irigaray

indica cómo “genealogía de mujeres”, o la encomendación de una mujer a otra que, por su experiencia y habilidades, pueda brindarle su apoyo en el difícil proceso de construcción de una identidad femenina completa y armoniosa. La importancia de esta práctica es evidente si consideramos que en nuestro contexto histórico-cultural, los modelos que se proponen son predominantemente masculinos y, por tanto, despiertan sentimientos de inadecuación y frustración en las mujeres. En este caso, la sororidad puede indicar una relación que, excluyendo cualquier ejercicio de poder o autoridad, implica,

sin embargo, un fuerte reconocimiento de autoridad a la de las dos mujeres que asume la responsabilidad de acompañar a la otra. La fecundidad del concepto de sororidad deriva, por tanto, directamente de la situación a la que se refiere y que, evidentemente, no puede encontrar una expresión adecuada con fraternidad. El lenguaje y la realidad deben corresponderse lo más fielmente posible, y la riqueza de lo femenino requiere que el pensamiento sepa valorarlo sin aplanarlo en conceptos y términos que no le son adecuados, porque nacieron para indicar un universo masculino en el que las mujeres con dificultad pueden identificarse.



Cuando las mujeres entraron en el Concilio

En el Vaticano II ellas alzaron la voz en torno a la igualdad y el amor conyugal

DE STEFANIA FALASCA

Dónde está la otra mitad de la Iglesia? Con esta pregunta dirigida a los 2.500 padres conciliares en el aula, la petición de una presencia femenina fue formulada así por el cardenal **Léon-Joseph Suenens**, arzobispo de Malinas-Bruselas. Fue repetida por otros obispos y deseada por los auditores laicos presentes en la celebración de la segunda sesión del concilio Vaticano II.

Era el signo de una conciencia germinal que hacía percibir lo grave que era la ausencia en el aula conciliar de quienes componen la mitad de la raza humana. “Nos alegra saludar a nuestras queridas hijas en Cristo, las mujeres auditoras, admitidas por primera vez para asistir a las asambleas conciliares”. Y con estas palabras, el 14 de septiembre de 1964, al inicio de la tercera sesión del Vaticano II, **Pablo VI** se dirigió a las 23 auditoras admitidas, 10 religiosas y 13 laicas. Ninguna de las nombradas estaba presente. El 21 de septiembre, la primera que hizo su ingreso en el aula conciliar fue la laica francesa **Marie-Louise Monnet**, fundadora de *Action catholique des milieux indépendants*. Las más conocidas eran la australiana **Rosemary Goldie**, secretaria ejecutiva del Comité permanente de los congresos internacionales para el apostolado de los laicos, y la italiana **Alda Miceli**, presidenta del Centro italiano femenino. A ellas se unieron una veintena de expertas entre las cuales la economista **Barbara Ward** y la pacifista **Eileen Egan**.

Se eligieron mujeres que representaban o coordinaban organizaciones laicas activas a nivel internacional, y superiores generales de los institutos religiosos; ninguna de ellas tenía estudios teológicos sistemáticos. Las “Madres del Concilio”, como se las definía, asistían, salvo una, a las reuniones vestidas de negro, con un velo en la cabeza, como

en una celebración pontificia. Durante los descansos podían ir a una sala-bar separada, preparada para ellas. A **Pilar Bellosillo**, presidenta de la Unión mundial de las organizaciones femeninas católicas, se le negó dos veces la oportunidad de hablar en público. No tenían derecho a voz ni a voto. La participación de las auditoras, en las intenciones de los padres conciliares, iba a tener un carácter más bien “simbólico”, como indicó el propio Pablo VI en el discurso en el que señaló el nombramiento y saludó su presencia. En realidad, fue de todo menos simbólico, participando con determinación y competencia en el trabajo de las comisiones. Su presencia, como se ha revelado, aunque limitada a las dos últimas sesiones del Concilio, fue viva y significativa, dejando signos importantes en los documentos conciliares, presentando memorias y contribuyendo con su experiencia a la redacción de los documentos, sobre temas como la vida religiosa, la familia, el apostolado de los laicos. La presencia de dos viudas de guerra ayudó a fortalecer el peso femenino en los debates sobre la paz. Destacar la contribución de la economista Barbara Ward en el debate sobre la presencia de la Iglesia en el mundo y su compromiso para que la Iglesia dijera una palabra creíble sobre el problema de la pobreza y el desarrollo humano.

El 23 de noviembre de 1965, las trece auditoras laicas, junto con los auditores laicos, publicaron una declaración conjunta para dar cuenta del trabajo realizado. Conscientes de haber sido testigos de una etapa histórica de la apertura de la Iglesia a su componente laical subrayaron la vital importancia de algunos documentos a los cuales habían dado una aportación significativa con discusiones e ideas.

Se refirieron al capítulo IV de *Lumen gentium*, dedicado a los laicos, a las partes de *Gaudium et spes* relativas a la participa-

ción de los fieles en la construcción de la ciudad humana y al decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam actuositatem*. Gracias a ellos, el Concilio abordó cuestiones como la construcción de la paz, el drama de la pobreza en el mundo, la existencia de superación de desigualdades e injusticias, la defensa de la libertad de conciencia, los valores del matrimonio y la familia, la unidad de todos los cristianos, de todos los creyentes y de toda la humanidad. La aportación de las auditoras laicas fue significativa dentro de las comisiones encargadas de redactar el decreto sobre el apostolado de los laicos y el “Esquema XIII”, que luego se convirtió en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, la *Gaudium et spes*.

La influencia de las auditoras recayó sobre todo en dos documentos en los que habían trabajado a partir de las subcomisiones: las constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*, en las que emergía la visión unitaria del hombre-mujer como “persona humana” y la igualdad fundamental de los dos. Muy significativa es la respuesta que dio Rosemary Goldie al teólogo **Yves Congar**, cuando el célebre dominico quiso insertar una elegante expresión en el documento sobre el apostolado de los laicos, comparando a la mujer con la delicadeza de las flores y los rayos del sol: “Padre deje las flores afuera. Lo que las mujeres quieren de la Iglesia es ser reconocidas como personas plenamente humanas”.

Conocemos las autorizadas intervenciones de algunas de ellas (Rosemary Goldie, Pilar Bellosillo y **Suzanne Guillemin**) para que la afirmación de la dignidad de la persona humana superase cualquier consideración específica sobre lo femenino, que no pretendía ser tratado como un tema aparte, separado, sino liberado de cualquier jaula y limitación. En concreto en la recuperación de la subjetividad bautismal.



Algunas auditoras del Concilio Vaticano II.
Abajo, Rosemarie Goldie con un prelado

La primacía de la igualdad fundamental, conferida por el bautismo a los creyentes confiere a todos, hombres y mujeres, el principio de corresponsabilidad apostólica.

Los laicos, mujeres y hombres, ya no están relegados a la pasividad y la receptividad, sino que, en virtud del bautismo, reciben un papel activo e importante en la Iglesia. Para comprender el estado de cosas en la Iglesia, basta la carta que el futuro **Juan Pablo I**, entonces obispo de Vittorio Veneto, había enviado a las Asistentes de la Unión de Mujeres y de la Juventud de Mujeres de Acción Católica, que comentando sobre el nombramiento de las auditoras, escribió: “A nadie se le hundirá el corazón, como tuvo un párroco que conozco, cuando el otro día leyó en el periódico que Rosemary Goldie, de ‘auditora’ en el Concilio, se había convertido en ‘oradora’, expresando ante un grupo de obispos algunas reservas en el Esquema de los laicos, deseando que fuera menos paternalista, menos clerical y menos jurídico. ‘Al final sucederá –concluía asombrado el párroco– que para estas buenas hijas de la Acción Católica ya no será la colaboración de los laicos al apostolado de la jerarquía, sino colaboración de la jerarquía en el apostolado de los laicos!’... Mire, los laicos –dije– consideran exageraciones cierto



clericalismo, que todo, absolutamente todo, en la Iglesia deba empezar por los obispos y sacerdotes”.

La aportación de las auditoras fue de gran importancia para superar la concepción contractual y jurídica tradicional de la institución familiar, mediante la recuperación del valor fundamental del amor conyugal, basado en una “comunidad íntima de vida y amor”. La aportación de la mexicana **Luz Marie Alvarez Icaza**, copresidenta del Movimiento Familiar Cristiano, en la subcomisión de la *Gaudium et spes* fue decisiva para cambiar la actitud de los obispos sobre el sexo en el matrimonio, para que no sea considerado como un “remedio de la concupiscencia” vinculado al pecado, sino como expresión y acto de amor. Luz Marie Alvarez Icaza, muy activa dentro del grupo que debía examinar el “Esquema XIII”,

cuestionó que los manuales de teología, en uso antes del Concilio, definían “fines primarios” y “fines secundarios” del matrimonio, donde primaria era la procreación de los hijos y secundario el remedio a la concupiscencia del acto sexual. Respondió a un padre conciliar: “Nos preocupa mucho a las madres de familia que los niños sean fruto de la concupiscencia. He tenido muchos hijos sin ninguna concupiscencia: son fruto del amor”.

Vemos una primera maduración de la conciencia respecto a la contribución de las mujeres a la vida del mundo y de la Iglesia. Es esclarecedor lo que se afirma en *Gaudium et spes* 60: “Las mujeres ya actúan en casi todos los campos de la vida, pero es conveniente que puedan asumir con plenitud su papel según su propia naturaleza. Todos deben contribuir a que se reconozca y promueva la propia y necesaria participación de la mujer en la vida cultural”. Estas son bases que todavía hoy luchan por desarrollarse y madurar. El estudio de los textos producidos y los discursos de los Padres hizo percibir cuán limitada era la conciencia de las transformaciones que se estaban produciendo en el mundo de la mujer, cuya entrada en la vida pública **Juan XXIII** había señalado en *Pacem in terris* como un “signo de los tiempos”. El Vaticano II ha ofrecido a las mujeres nuevas perspectivas de reconocimiento de identidad y ministerialidad. En la recuperación de la subjetividad bautismal, se han abierto espacios sin precedentes de presencia de las mujeres en la vida eclesial. Y nuevas formas de ministerialidad, la renovación de la vida religiosa, la entrada en las facultades teológicas como alumnas y profesoras han cambiado el rostro de las Iglesias locales, en los distintos continentes, y han favorecido nuevas sensibilidades. El Concilio activó un cambio sin retorno. Uno de los pasos fundamentales para las mujeres fue el acceso a los estudios teológicos. Esto significa que la historia de la Iglesia también ha comenzado a ser contada por mujeres, que la interpretan y narran.

Los nombres propios que lo hicieron posible

Auditoras religiosas: Mary Luke Tobin (EE.UU.), Marie de la Croix Khouzam (Egipto), Marie Henriette Ghanem (Libano), Sabin de Valon (Francia), Juliana Thomas (Alemania), Suzanne Guillemain (Francia), Cristina Estrada (España), Costantina Baldinucci (Italia), Claudia Fiddish (EE.UU.), Jerome M. Chimy (Canadá).

Auditoras laicas: Pilar Belosillo (España), Rosemary Goldie (Australia), Marie-Louise Monnet (Francia), Amalia Dematteis vedova Cordero Lanza di Montezemolo (Italia), Ida Marengi Miceli vedova Grillo (Italia), Alda Miceli (Italia), Luz María Longoria con el marido José Alvarez Icaza Manero (México), Margarita Moyano Llerena (Argentina), Gertrud Ehrle (Alemania), Hedwing von Skoda (Checoslovaquia-Suiza), Catherine McCarty (EE.UU.), Anne Marie Roeloffzen (Holanda), Gladys Parentelli (Uruguay)

Con fe y libertad

Roma Guarnieri eligió “vivir en el mundo sin estar en él”

DE GLORIA SATTA

Se llamaba **Marcella Pattijin**, nació en 1920 en el Congo Belga y, ciega de nacimiento, vivía en una comunidad religiosa femenina en Sint-Amandsberg, en Bélgica. Murió en 2013 y el mundo la despidió como la “última beguina”: la pía Marcella había perpetuado la tradición medieval que empujaba a tantas mujeres a consagrarse a Dios sin tomar el velo y desvinculadas del control eclesiástico. Ni mujeres, ni madres, ni monjas: una elección de fe y de libertad extrema acompañada de una vida de oración, penitencia, castidad, trabajo asistencial. A partir del siglo XII, esta realidad se difundió en Europa del norte y las beguinas, aceptadas y desautorizadas en fases alternas por parte de la Iglesia, fueron a menudo acusadas de herejía, incluso quemadas en la hoguera como sucedió en 1310 a la mística de flandes **Margherita Poret**, una de las figuras más famosas con **Hadewijck de Amberes**, **María de Oignies**, **Matilde de Magdeburgo**. Y todavía hoy el término beguina es asociado con apresurada superficialidad a la mojigatería, el atraso, el cierre intelectual.

En los últimos tiempos ha habido otra mujer extraordinaria que ha sabido revertir este prejuicio: **Romana Guarnieri**, considerada la última beguina del siglo XX, fallecida en Roma en 2014 tras dejar una profunda huella en la cultura de la Iglesia. Animada por una fe inquebrantable, estudiosa del misticismo medieval, muy buena

escritora, vivía en soledad en una gran casa-estudio con vistas a la Cúpula de San Pedro, convencida de que la investigación intelectual podía ser un instrumento de santificación personal y de salvación de los demás. “Ser beguina significa continuar la elección de las figuras femeninas que he estudiado. Estar en el mundo sin estar en el mundo”, explicaba, “ser de todos y de nadie. O mejor dicho, de Uno solo: pero Él es libertad absoluta”.

Su existencia consagrada a Dios y a estudios rigurosos se caracterizó por un descubrimiento clamoroso: en 1944, en un estante de la Biblioteca Vaticana, Romana identificó el *Espejo de las almas sencillas*, un texto místico-filosófico de Margherita Poret, un clásico de la literatura espiritual. En el siglo XIV, esas páginas de pergamino llevaron a la autora a morir quemada viva en una plaza de París porque, como mujer, no tenía derecho a escribir un libro y menos a incursionar en la teología. Romana nació en La Haya en 1913 en el seno de una familia intelectual: su padre, **Romano Guarnieri**, uno de los fundadores de la Universidad para Extranjeros de Perugia y su madre, **Iete van Beuge**, pintora. Tras el divorcio de sus padres, a los 12 años la futura beguina llega a Roma con su madre que se había vuelto a casar con un arquitecto italiano. Hizo selectividad con el Liceo Visconti, se licenció en literatura alemana en La Sapienza. El pensamiento



La estatua en el Beghinaggio de Amsterdam

de Dios no la toca: aunque fue bautizada, creció en un ambiente agnóstico. En 1938, su vida dio un giro: el encuentro con Don **Giuseppe De Luca**, un sacerdote romano muy culto animador de la cultura católica de la época, que le hizo descubrir la fe, le enseñó el valor de la oración y la animó a continuar la investigación y la dirige a la actividad editorial. Romana, se sumerge en los estudios históricos, en particular en la historia de la piedad. Pronuncia el voto de castidad y establece con De Luca una larga asociación intelectual que genera las Ediciones de Historia y Literatura, el Archivo italiano para la Historia de la piedad.

Romana continuó analizando místicas medievales, movimientos religiosos femeninos, escribiendo libros y ensayos, cultivando la amistad con otras estudiosas y teólogas. En su casa, frecuentada por jóvenes e intelectuales, nació en 1987 *Bailamme*, revista de espiritualidad y política.

LAS IDEAS

DE SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH

Rabi'a, la madre de la espiritualidad islámica

Hermandamiento y fraternidad son dos términos concretos en la historia de la tradición islámica: y se debe a **Rabi'a**, la mística más famosa, que vivió en el siglo VIII, tras la muerte del Profeta, llamada con el título de honor *ummul khayr*: madre de la bondad.

Annemarie Schimmel, que ha dedicado más de 40 años al estudio de las lenguas y la cultura islámicas, en su libro *Mi alma es una mujer*. Lo

femenino en el islam subraya: “En la prehistoria del sufismo la figura más importante es la de una mujer, **Rabi'a al Adawiyya** quien fue la primera en introducir en el sufismo rígidamente ascético del siglo VIII el elemento del amor divino absoluto, y el islam le asigna un lugar de honor en la historia del misticismo”. La historia de Rabi'a enseña el camino de la libertad profunda. Una infancia huérfana, extranjera,

esclava, luego liberada por su amo conmovido por su espiritualidad, vivió en Basora, donde adquirió una gran reputación de santidad. Predicaba, se retiró en el desierto a una ermita que se convirtió en un destino de peregrinación: incluso los grandes eruditos *'ulama* del islam iban a visitarla. Es considerada “madre del sufismo”: ha insistido en la igualdad de las mujeres con el hombre, porque en la vida

espiritual no hay desigualdad entre los sexos.

Ibn Arabi, el maestro mayor, dijo a propósito de Rabi'a: “Fue la única que analizó y clasificó las categorías del amor hasta el punto de ser famosa intérprete del amor hacia Dios”. En 1100, **al Ghazzali**, el sumo teólogo, logró incluir la noción de *mahabba* (amor) en el islam “ortodoxo”. Rabi'a está enterrada en el Monte de los Olivos en Jerusalén.

Un menú vital entre los platos de un restaurante y el comedor de los pobres

DE LILLI MANDARA

Almea Bordinó abrió hace dos décadas en Addis Abeba el centro benéfico San José

En un momento de su vida, **Almea Bordinó** siente que cocinar en su restaurante de Addis Abeba ya no le basta, y que tiene que ayudar a los pobres agolpados en las aceras, que no tienen qué comer, ni la posibilidad de alimentar a sus hijos: y comienza a repartir comida y agua a los que no tienen nada. En 2002 Almea divide su tiempo entre su negocio de restauración, sus hijos pequeños y ayudar a los más pobres. Luego cierra el restaurante y se dedica exclusivamente a los últimos.

Se muda a una casa de pocas habitaciones en el centro de la capital de Etiopía, el segundo país más poblado del continente africano, dos años después del fin del último conflicto con Eritrea que costó la vida a 50.000 personas, una guerra que estalló por un territorio en disputa, concluye en 2018 con el histórico abrazo entre el primer ministro etíope **Abiy Ahmed** (premio Nobel de la Paz) y el presidente de Eritrea **Isaias Afewerki**. Ese año los pobres aumentan visiblemente en Addis Abeba, por el flujo de eritreos. La historia de esta mujer ítalo-etíope, hermosa y sonriente, hoy de 53 años y rostro de niña enmarcado en una cascada de cabello negro, continúa en la periferia extrema de la ciudad, donde busca más espacio, una casa más grande a pocos pasos de los barrios habitados por los pobres que llegan a la capital desde zonas rurales, expulsados de los campos de guerra y la carestía, que aquí encuentran solo chozas de chapa, hambre y desesperación: aquí, hace dieciocho años, nació el centro benéfico San José de Almea Bordinó.

Al principio, es un comedor para los pobres y Almea, junto con un fraile capuchino, el padre **Tommaso Bellesi**, distribuye comida y agua a todos los desamparados de la ciudad: lo hace con sus manos, mirando a la cara a hombres, mujeres y niños agotados por el hambre y la sed, la otra cara de la metrópoli africana. Una vez al día, les da a estos pobres un cuenco de ingiera, pan local hecho de toff, con wott, la salsa picante etíope y un poco de agua.



Mujeres recibiendo ayuda en el Centro San José. A la derecha, Almea Bordinó

“La pobreza me rodeaba, familias enteras de mendigos vivían y viven acampadas en las aceras. Sentí la necesidad de comprometerme con el prójimo, con los más pobres, y decidí cerrar definitivamente el restaurante y ponerme al servicio de los más necesitados. Es el Señor quien me lo pidió”, dice. Pasan pocos meses y ahí, en esa casa de la periferia, Almea comienza a ofrecer más, una ducha y escucha, trata de entender qué necesitan esas personas que viven en condiciones tan desesperadas. “Se necesitaba de todo, no solo comida —cuenta—. Esas personas pedían escuela, educación para sus hijos, consejos, asistencia, medicinas, y comenzamos a organizarnos para responder a sus necesidades”. El Centro se amplía, los servicios ofrecidos se multiplican y también la generosidad de las donaciones, sin las cuales nada hubiera sido posible. Además de las comidas, logra ofrecer ropa, asistencia médica, escuela y uniformes, préstamos para pequeñas empresas, conexiones de luz y agua, una casa. Catorce mil pobres encuentran ayuda y asistencia en el Centro San José. Almea no duda en sacrificar incluso su vida con su marido, optando por dedicarse a sus dos hijos pequeños por la noche, al regresar del trabajo al servicio de los últimos. Ahora son 10 voluntarios y 33 trabajadores con contrato. Su viaje hacia los débiles lo cuenta así: “Nací en Asmara, y de pequeña

veía a mi abuela que acogía en su casa a los leprosos, los mendigos, los enfermos: les curaba, les lavaba, les daba de comer, desatando los agravios de los hijos, de mi madre que se quejaba de que traían pulgas y piojos a casa. Desde entonces los pobres han sido un imán para mí”.

Ahora algo ha cambiado. El gobierno de Addis Abeba, le pidió a Almea que se ocupara de los niños de la calle que esnifan pegamento. Son muchos, sesenta mil según datos oficiales, vienen de toda Etiopía, tienen entre 10 y 16 años, viven debajo de puentes y en alcantarillas, o en paradas de autobús, debajo de las marquesinas, son los descartes de la sociedad. Algunos son seropositivos, hay niñas que se prostituyen para sobrevivir. Esnifan pegamento para soportar mejor el frío y el hambre. Se apilan en el Bloque de Addis Abeba, en la periferia de la ciudad, pero el gobierno quiere construir una casa, por eso Almea además de dedicarse a los 1.200 niños que van a la escuela, a los que asisten a los cursos de artesanía, a los enfermos de elefantiasis, ahora piensa en los niños de la calle. Algún problema se encuentra. “Queríamos unir nuestros tres centros en un edificio grande, pero estamos estancados. Estoy en crisis. Me pregunto si el Señor, con estos obstáculos, no me está enviando una señal”. Almea dice que la fe la ayudará a decidir lo mejor.



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Campus en Salamanca y Madrid



Formación
de excelencia
a tu medida

DOBLES GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática + ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación + Publicidad y RR.PP.
- ▶ Periodismo + Comunicación Audiovisual

GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática
- ▶ ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación
- ▶ Comunicación Audiovisual
- ▶ Periodismo
- ▶ Publicidad y RR.PP.
- ▶ CC. de la Actividad Física y del Deporte
- ▶ Maestro en Educación Infantil
- ▶ Maestro en Educación Primaria
- ▶ Enfermería
- ▶ Logopedia
- ▶ Fisioterapia
- ▶ Psicología
- ▶ Seguros y Finanzas
- ▶ Filosofía
- ▶ Derecho Canónico
- ▶ Teología

POSGRADOS

Áreas temáticas:

Informática • Comunicación • Educación •
Salud • Psicología • CC. del Seguro, Jurídicas
y de la Empresa • CC. de la Familia • Teología

Abierta **SOLICITUD DE PLAZA:**

www.upsa.es • sie@upsa.es

*Consulta disponibilidad formación *online*

Síguenos en:

